

Una lectura significada de María Zambrano

Leer un fragmento de *El personaje autor: Antígona* me parece muy oportuno como homenaje a María Zambrano pues en este ensayo se refiere al personaje trágico a raíz del cual elaboró *La tumba de Antígona*; fragmentos de esta obra dramática serán leídos por las actrices Andrea Bannach y Paz Martínez como colofón de la mesa redonda. Y porque Edipo y Antígona son personajes paradigmáticos de la anagnórisis, el término griego que significa 'reconocimiento'. Según la *Poética* de Aristóteles: el personaje es reconocido por los otros o se reconoce en su verdadera identidad.

Aunque el reconocimiento puede concernir también a los momentos en los que el lector descubre la verdad.

El personaje autor: Antígona

Existe, pues, una simbiosis entre el autor y el protagonista de la tragedia a través del tiempo: el autor ofrece el tiempo sucesivo donde la historia puede desarrollarse; esa historia que se origina de la pérdida de un instante, error, simple vacilación, de la abstención en suma de no haber hecho el juego preciso, a imagen y semejanza de la caída o culpa originaria, a partir de la cual la humana historia comienza. La historia surge de un error inicial. Pero el que la haya es un don del tiempo que permite el apurar el error y su rescate. "El tiempo es la paciencia de Dios", decía Emmanuel Mounier. El autor trágico ofrece al monstruoso personaje, embrión envuelto en su sue-

ño, el tiempo de su increíble historia. Y queda por ello incorporado a lo humano, pues que ya ha nacido.

El autor no puede, pues, descubrir la historia -tiempo y fábula- desde el plano del tiempo histórico. Ha tenido que ver todo ello el monstruo en su laberinto de sueño, el embrión nonato y su adecuada fábula desde un instante de lucidez, en el cual padece por el personaje y ve impasiblemente como autor, en una impasible compasión. El sufre el tiempo, pues que el tiempo se padece ante todo, con la impasibilidad imprescindible para no interferirse en él y crear así únicamente luz y tiempo. Los dos elementos esenciales y en apariencia irreductibles, en este universo que nos alberga.

Y en esta simbiosis entre personaje y autor sucede que el personaje, según el acercamiento de su inicial sueño a la libertad, participe de la condición del autor y venga a ser autor de sí mismo o coautor. Es la diferencia que separa, como a dos especies típicas de personajes dentro de la tragedia, a Edipo y a Antígona. Cada uno de ellos rige una especie y podría darle nombre. El origen de que sea así se encuentra en ese movimiento trascendente que hemos señalado, como el sueño necesitado de creación. Y sueño necesitado de creación quiere decir que el personaje necesitase recrearse o ser recreado.

Edipo no llegó a nacer. Antígona tampoco, mas de diferente manera. Pues que Antígona cumplió la acción verdadera. Pero era una muchacha que tenía su propia vida, y por cumplir la acción que su ser reclamaba, por ofrecerse más que aceptar la finalidad que se le tendía

no llegó a florecer como mujer. Y no sólo la vida sino las nupcias le fueron sustraídas. Era la encrucijada que se le presentó. O declinaba su ser, su ser trascendente, o declinaba el cumplimiento de su feminidad, en las vísperas. [...]

Antígona es una heroína primaveral rap-tada, como Perséfone, por la tierra y devorada también por los infiernos del alma humana donde la conciencia desciende cada vez más hondo, en su despertar.

Lo que el destino propuso a Antígona fue cumplir una acción muy simple, rescatar el cadáver de su hermano, muerto en una guerra civil, para rendirle las honras fúnebres. Mas para realizarla, tenía no sólo que cruzar un dintel, sino pasar por encima de una ley de la ciudad, es decir, del recinto de los vivos. Como una lanzadera de telar, fue lanzada para entretejer vida y muerte. La movía el amor, no la *orexis*, que la hubiera hundido en uno de esos sueños que poseen toda la vida. Un sueño de la *libido* le hubiera desatado el apetito de la muerte a través de la imagen de su hermano; se hubiera convertido en una viva muerta, y sobre la tierra de los vivos, incapaz de vivir, se hubiera quedado fija, como amortajada. Fue un sueño de amor el suyo, es decir: de conocimiento, de lucidez que ve su condenación inevitable, su propia muerte y la acepta, pues que está situada en el punto del tiempo en que vida y muerte se conjugan. En un instante de pura trascendencia en que el ser absorbe en sí vida y muerte, transmutando la una a la otra. Fue la tejedora que en un instante une los hilos de la vida y de la muerte, los de la culpa y los de la desconocida justicia, lo que sólo el amor puede hacer. Fue ésta su acción. El resto son las razones que su antagonista le obliga a dar; razones de amor que incluyen a la piedad.

Nació así en una forma pura, recreándose a sí misma en el sacrificio. Y salva a toda su estirpe de la remota culpa ancestral que venía arrastrándose como una pesadilla del ser. Y se desenreda así el enrevesado hilo de su anóma-

lo nacimiento, simbolizado sin duda por el cordón con que se ahogó Yocasta.

Podría Antígona ser representada llevando un hilo entre las manos, como una araña hilandera lo ha extraído de sus propias entrañas que han dejado así de ser laberínticas. Se ha recreado en una acción, la más trascendente de todas, un inevitable sacrificio cumplido con la lucidez en que se unen sueño y vigilia.

Ya que el sacrificio no ha de ser elegido; cuando lo es la víctima queda destituida de la inocencia propia de la condición de víctima.

Su sacrificio, pues, desató el nudo del error o de la culpa de su padre Edipo, inocente-culpable que fue su padre, pero no autor. Y dejó así el ser autor al hijo, al mediador. En Antígona se cumple humanamente la pasión del hijo.

En esta clase de sacrificio propio del mediador hay que atravesar un espacio desierto, una tierra de nadie, campo de batalla abandonado donde nadie osa poner el pie; hay que transgredir una ley para que aparezca la nueva ley de la amplia justicia.

Se revela en Antígona su naturaleza femenina en el modo como cumplió esa su pasión; en su figura de doncella que va con el cántaro de agua, símbolo de la virginidad, de un agua contenida que se derramará entera, sin que se haya vertido antes ni una sola gota. Y así Antígona es la imagen en la plenitud de su significado de esa figura tan remota, de la doncella que va y viene con el cántaro a la fuente; fuente en verdad ella misma, pues que de ella se derrama la vida sin dispersarse, en forma trascendente. La vida que no da a un ser humano determinado sino a la conciencia de todo hombre. Vida no contaminada que vivifica, libera, salva.

Arrastra un símbolo lejano y por tanto un sueño: sueño sacrificial. La doncella que va y viene a la fuente, ciertos pueblos aún lo saben, no se casa. Pero no se pierde. Es la virgen sacrificada que todas las culturas un día u

otro necesitan. Un día u otro, cuando los hilos de la historia se han enredado, o cuando el cauce amenaza quedarse seco, o en el dintel de la unidad a lograr. La virgen sacrificada en toda histórica construcción. Tal Juana de Arco.

Mas para llegar a cumplir el sentido total que la simbólica figura contiene, Antígona tuvo que llegar a la palabra. Tuvo que hablar, hacerse conciencia, pensamiento. Y por eso la inocencia de su perfecta virginidad no le bastaba. Tuvo que ser conciencia pura y no sólo inocente. Tuvo que saber. Llegar a ese saber que no se busca, que se abre como el claro espacio que se ofrece más allá de ciertos sueños de umbral, símbolo de la libertad. Lo que no quita que al traspasar el umbral se vaya la vida. Pues esto no puede ser cambiado por la conciencia pura del autor, por la palabra. La palabra libera porque revela la verdad de esa situación, su única salida real. Mas no puede evitar el pago porque ello sería cambiar la situación.

La palabra del autor le ha sido dada a la protagonista dentro de los límites de su situación, sin romper el círculo mágico de su sueño. Trascender no es romper sino extraer del conflicto una verdad válida universalmente, necesaria para ser revelada a la conciencia.

El poeta aquí, como el personaje, ha cumplido por entero su acción trascendente: ha verificado su conciencia intacta, lo que se ha llamado a veces espíritu, la conciencia viviente. (...)”¹

John Keats en una carta que le escribe a Richard Woodhouse se refiere al poeta como al ser humano carente de identidad. Keats habla del ‘poeta camaleón’, el poeta tiene que renunciar a su identidad para trascender a lo universal; para que el universo se manifieste a través de él. María Zambrano comenta en *Por qué se escribe*: “Escribir es defender la soledad en que se está” y también: “el secreto revelado deja de serlo para quien lo comunica escribiéndolo.”

Zambrano cultivó el misterio y lo sagrado, los velos que impregnan la vida y la muerte. El nacimiento de la palabra, después de la crisis y en el centro de la crisis. El poder de transformación de la palabra. Es en este sentido que voy a leer un poema del libro *Aldebarán*²:

No sé interpretar tus destellos, Aldebarán,
he olvidado cuanto aprendí en el templo
y la pitonisa ha huido hacia otros menesteres.
El oráculo es un pañuelo de seda blanco,
el oro que esparce la divinidad.
Si tuviera poderes fijaría la aurora en el cielo
y sólo miraría su nacimiento y su vida.
Dejaría que ella escribiese los poemas,
sus poemas, Aldebarán.

No quiero terminar sin destacar los temas caros a Zambrano: la luz, el tiempo, el sacrificio; tres palabras que moldean su obra. Gracias.

¹ Zambrano, María, *El sueño creador*, Madrid: Turner, 1986, pp. 87-90 y 94.

² Aguado, Neus, *Aldebarán*, Barcelona: Lumen, 2000, p. 27.